

dia eterno, en la mansion clarísima de la verdad, en el reino de la gloria donde habitas, es incomparablemente mayor, que lo fué en esta vida, tu sabiduría, tu poder, tu valimiento con el Omnipotente: mira, pues, por esta porcion de aquel rebaño que con tan esmerado celo cuidaste de apacentar durante tu carrera: mira con especialidad por los hijos á quienes procuraste infundir tu mismo espíritu, y sobre los que gravita al presente todo el peso del infortunio: y si aun no es tiempo de que el Señor los libre de él, alcánzales por lo ménos la gracia de la resignacion; y á todos los cristianos la de la perseverancia para que podamos ser felices como tú en la gloria. Amen.

## SERMON

### DE SAN BERNARDO.

(DE BENCOMO.)

*Ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te.*

Mirad que hemos dejado todas las cosas, y te hemos seguido.

*S. Mat. c. 19.*

No dejar cosa alguna de cuantas se poseen ó pueden llegar á poseerse, ese es el sistema de un avaro, cuyo corazon es semejante al mar, donde por mas que entren todos los rios jamas se satisface: *omnia flumina intrant in mare, et mare non redundat.* Dejar solo las cosas que nos estorban en nuestro destino, y conservar las que no estorban, á manera de los enfermos que se abstienen de todos los manjares nocivos; pero comen de los saludables, eso es del prudente, de Sócrates, del mismo Salomon, que decia al Señor: no me deis ni pobreza que me precipite ni riqueza que me corrompa; pero concededme un moderado sustento: *paupertatem et divitias ne dederis mihi, sed tantum tribue victui meo necessaria.* Pero dejar absolutamente todo sin reservarse cosa alguna: mirarse como un moribundo que dispone de todo sobre la tierra, y no se reserva sino el cielo: esto no puede ser sino de los santos, que quieren seguir perfectamente al que nació en un establo, vivió sin tener donde reclinar su cabeza, y murió en una cruz: *Ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te.*

Pero entre los santos mismos hay esta considerable diferencia, que unos solo dejaron todas las cosas en el afecto, porque tuvieron muy pocas que dejar en el efecto: tales fueron Pedro, Andres, Jacob y Juan, que no tenian mas posesiones que una barca. Otros como Mateo pudieron decir realmente que lo habian dejado todo, porque los grandes bienes que poseían



les proporcionaban efectivamente todo. Estos fueron, sin duda, mas valerosos, porque tuvieron mayores obstáculos que vencer para hacerse discípulos del Señor; aquellos fueron mas felices, porque tuvieron ménos espacio que correr para llegar á él. Unos y otros vendieron cuanto poseían para comprar el campo donde estaba la margarita del reino de los cielos; pero unos lo compraron mas caro vendiendo grandes tesoros, grandes honores, grandes placeres: otros mas barato, dejando solo sus pequeños intereses. Pero de ambos es verdad decir que dejaron cuanto tuvieron por seguir á Jesucristo: *Ecce nos reliquimus omnia, et seculi sumus te.*

¿Y en cuál de estas dos clases pensais colocar al grande santo cuya memoria celebramos? ¿Con quién compararemos al verdaderamente incomparable san Bernardo? ¿Con Pedro ó con Mateo? Paréceme que debemos compararle con ambos: con Mateo por la grandeza de los bienes que dejó, y con Pedro por la generosidad con que los despreció. En él se reunieron las disposiciones interiores de este con las proporciones exteriores de aquel, y resultó un héroe tan extraordinario y tan singular, que no lo ha habido hasta aquí, y quizá no lo habrá igual en toda la serie de los siglos. Porque, señores, ¿dónde, cuándo, ó cómo podremos encontrar un hombre tan colmado de los honores y de todos los bienes de este mundo, y que haya huído tanto de ellos? ¿Un doctor de la Iglesia, un pasmo de sabiduría sin haberla aprendido de nadie, y que ménos presuma tenerla? ¿Un anacoreta en medio del siglo, y un apóstol en medio del desierto? ¿Una alma tan unida á Dios, y tan ocupada en los mayores negocios? ¿Un espíritu que sea al mismo tiempo la luz de los sabios que dirige, el consuelo de los pecadores que convierte, la paz de los pueblos que reconcilia, el azote de las herejías que destruye, el perseguidor de los cismas que extingue, el alma de los Concilios que congrega, el Patriarca de los monjes que forma, el apoyo de los reyes que sostiene, el maestro de los papas que gobierna? En una palabra, ¿dónde hallaremos un hombre, si no es este, que haya sido todo, y lo haya dejado todo por Jesucristo: *ecce nos reliquimus omnia, et seculi sumus te.*

Bernardo, hermanos míos, sería siempre, como él se reputaba á sí mismo, la quimera de su siglo, si la santa Iglesia no le propusiera como el ejemplo y el asombro del nuestro. Yo me perdería en esta multitud y contrariedad de ideas, si no me atu-

viera al santo Evangelio que se acaba de cantar para formar su elogio: por eso no haré mas que repetir literalmente lo que nos dice aplicado á Bernardo, y es que dejó al mundo y siguió á Jesucristo. Pero añadiré estas dos palabras que descubren todo su mérito: que dejó al mundo todo cuanto se le puede dejar, y siguió á Jesucristo todo cuanto se le puede seguir: *ecce nos reliquimus omnia, et seculi sumus te.* Para ejecutarlo con el fruto que corresponde, recurramos á la que él tenia por madre, y que tenia á él por hijo; á quien él miraba como el objeto de sus continuas alabanzas, y que miraba á él como el depósito de sus continuos favores: digámosle fervorosamente: *Dios te salve, María, etc.*

#### PRIMERA PARTE.

Si el hombre, hermanos míos, hubiera perseverado tal como Dios le crió, dueño de todas las cosas, señor de las demas criaturas, y habitador del Paraíso, no hubiera tenido jamas que renunciar esta felicidad, porque esta era el verdadero destino para sí y para todos sus descendientes. Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza, dijo el Señor, para que presida los peces del mar, las aves del cielo, las bestias y todo lo que se mueve sobre la tierra. Pero habiendo sido por su culpa arrojado de este afortunado lugar, y puesto un querubin en su entrada para que no le permitiese volver á él, tenemos que llorar toda nuestra vida la felicidad que perdimos. Así, ¿qué engañado vive el infeliz que la busca! ¿Pero qué alucinado el que cree haberla hallado! Sus imaginarios placeres no son mas que un veneno mortífero, que despues de un sorbo de dulzura le despedazan las entrañas: sus riquezas un polvo vil que ahoga su corazón; y sus honores un humo, un vapor, una sombra que se le escapa sin llegar á poseerla. Por esta causa la religion cristiana, establecida por la misma verdad, nos obliga á renunciar al mundo y sus pompas, á huir el mundo y sus peligros, á crucificar el mundo y sus concupiscencias; y por eso Bernardo creyó mas fácil andar sobre espinas sin herirse ó abrigar en su seno ascuas sin quemarse, que vivir en medio de tantos lazos sin perecer en ellos. Pero ved hasta qué punto llegó á dejar las riquezas del mundo, los honores del mundo, los placeres del mundo: *ecce nos reliquimus omnia.*



Las riquezas del mundo, ved aquí la tentacion mas general de este enemigo de nuestra alma para los infelices mortales; infundirles una hambre rabiosa del oro, obligarles á atravesar la inmensidad del mar, y arrostrar los mayores peligros en busca del dinero, y hacerles que adoren y que esperen, no del Dios verdadero, sino de Manmon, de una divinidad de plata, la abundancia de sus frutos, la defensa de sus intereses, el socorro de sus necesidades y la fuente de todos sus bienes. Cristianos ciegos, ¿cómo quereis reunir en un solo punto la luz y las tinieblas: sacrificar en un mismo altar á Cristo y á Belial: dividir vuestros sentimientos entre un vano ídolo y el que pide que le ameis con todo vuestro corazon, con toda vuestra alma y con todas vuestras fuerzas? No veis que no es posible servir á dos señores, y que cuantos sacrificios hagais por el uno, han de ser otros tantos desacatos para el otro? Por eso decia nuestro Salvador: que era mas fácil entrar un camello por el ojo de una aguja, que un rico en el reino de los cielos.

Tal fué la tentacion con que el mundo acometió á Bernardo desde ántes de nacer; porque la casa de su padre era de las mas ricas y opulentas del país. Pero tambien la divina Providencia que le destinaba para vencedor del mundo, le cubrió desde entónces con el escudo inexpugnable de la pobreza: su piadosa madre, habiendo concebido grandes esperanzas de Bernardo desde que le tenia en su vientre, se propuso criarle con la misma escasez y economía que si fuera de la fortuna inferior del pueblo. Así, desde que nació el santo niño no vió mas que ejemplos heróicos de desprecio del dinero, de liberalidad con los necesitados, y de un cristiano odio á la avaricia, como á la raíz de todos los males. Á estas lecciones exteriores juntó Dios sus gracias interiores, una luz sobrenatural que le descubria la nada de estos tesoros imaginarios, y un corazon naturalmente desapegado de todos los bienes terrenos. Por consiguiente, reservar para los pobres los manjares mas delicados, y los vestidos mas ricos, ved aquí la primera pasion del pequeño Bernardo. Sin embargo él aspiraba ya á cosas mas grandes, á excusarse de todo, y á no tener que dar cosa alguna. Deseaba un lugar que solo produjese el sustento absolutamente necesario para la vida, y una vida que no tuviese mas necesidad que del sustento absolutamente necesario.

Tal era, y tal le pareció el desierto del Cister, adonde se en-

derezó secretamente con aquellos de sus hermanos, á quienes pudo inspirar el mismo desapropio. Fervoroso Bernardo, ¿podrás tú trocar el palacio magnífico de las fuentes donde has vivido por esa celdilla de piedras mal puestas donde vas á vivir? ¿la cama blanda, que convidaba al sueño, por esa tierra dura donde arrojarás tus miembros rendidos del trabajo? ¿los costosos vestidos de que usabas por ese tejido de cortezas de árboles con que se cubrirá tu desnudez? ¿la variedad de manjares que te servian por ese pan de cebada mezclado con ceniza, y esas hojas de hiedra cocidas con agua y sal? Si pudo, señores, y dentro de poco tiempo habia aborrecido ya las riquezas en tal grado, que habiendo ido á visitarle una hermana suya con aquel fausto que correspondia á su clase, no quiso verla. Huye luego de aquí, chimenea adornada, le mandó á decir con uno de sus hermanos; de modo que la infeliz avergonzada del desaire, y tocada de la divina gracia, le pidió consejo para dejar al mundo.

Si yo tuviera este mismo espíritu de Bernardo, hermanos míos, ¿qué no podria deciros ahora, viéndoos presentar en este templo quizá con mayor fausto que la hermana de aquel siervo de Dios? ¿Y qué no ejecutariais vosotras, si tuvierais la docilidad de aquella ilustre matrona? Aquí mismo empezariais á llorar los escándalos pasados, y á tomar medidas para precaver las caidas futuras: ofreceriais vuestros aderezos para el socorro de los pobres; y en vez de dejaros obsequiar por esa tropa de amantes que os galantea, buscariais un asilo seguro donde pudiérais dejar para siempre aquellas pompas que renunciásteis en el bautismo, y acabar vuestros dias en la pobreza bienaventurada del Evangelio. Así lo ejecutó Umbelina, así lo habia ejecutado Magdalena, y así lo ejecutarán todas las almas que quieran imitar el desapropio de Bernardo.

Nacia esta pobreza en nuestro santo de aquella humildad de espíritu, que él opuso á la tentacion mas perversa que puede sufrir el hombre, y es la soberbia de la vida, ó el deseo inmoderado de su exaltacion. Tentacion en que cayó el mas hermoso de los ángeles Lucifer, suponiéndose semejante al Altísimo: tentacion en que cayeron nuestros primeros padres, queriendo saber el bien y el mal, del mismo modo que una divinidad: tentacion en que cayó Nabucodonosor, cuando se atribuyó á sí mismo sin respeto á Dios la gloria de haber edificado la gran



ciudad de Babilonia : tentacion en que cayó Heródes; oyendo lleno de complacencia que el pueblo decia al oír sus palabras : esta no es voz de un hombre sino del mismo Dios. Pero estos mismos ejemplos nos enseñan que no hay pecadores, á quienes el Señor resista con mas rigor que á los soberbios. Luzbel fué al instante precipitado en los abismos : Adán y Eva arrojados del paraíso : Nabucodonosor condenado á comer paja con las bestias; y Heródes consumido por los gusanos.

Nada de esto pudo suceder al humilde Bernardo, porque abismado en su propia nada, se reputaba por la criatura mas vil del universo. Fiel imitador del grande Arsenio, jamas se le oyó tomar en la boca la grandeza de su casa : así dejaba de intento para los otros monjes los ejercicios mas honrosos, y él se reservaba los mas despreciables. ¡Cuánto edificaba el ver á un hombre, que merecia el primer lugar entre los nobles, entre los sabios, y aun entre los santos, ocupado en cavar la tierra con su azadon, en condimentar el sustento, y en asear los vasos inmundos de los enfermos ! Si la Europa entera le reputa por un hombre de Dios á causa de su extraordinaria santidad, ¡ ah, qué amargura para su humilde corazon ! Yo no soy ese que vosotros pensais, decia con lágrimas : *non sum talis qualis putor*. Yo no soy mas que un monstruo moral, que teniendo algo de todos los estados, no puede cumplir con ninguno : *monstruosa vita mea*. Ni soy monje, porque vivo lo mas del tiempo fuera del desierto : ni seglar, porque hago profesion de monje : así no soy mas que una quimera, que merece todo el desprecio y la burla de su siglo : *quimera mei sæculi*. Por eso rehusó invenciblemente las mitras y demas honores con que los sumos pontífices intentaron remunerar su mérito. En fin, baste deciros, que quizá no ha habido en la Iglesia quien haya merecido mas obsequios que Bernardo por sus servicios singulares; pero tampoco ha habido otro que ménos crea merecerlos.

¡ Ó humildad divina ! tú produces en nosotros la verdadera grandeza. ¿ No veis, hermanos míos, como en una balanza cuando baja un extremo sube necesariamente el otro ? Pues del mismo modo cuando bajamos en nuestro concepto subimos en el de los demas; y al contrario bajamos en el de los demas cuando subimos en el nuestro. Así Saúl subió al trono de Israel reputándose el mas desproporcionado, por ser de la última casa,

y de la última tribu. Así Abigail, Ester, Sunamitis, de un estado comun llegaron á ser reinas. Así el Bautista fué el mayor entre los nacidos, suponiéndose una mera voz que clamaba en el desierto; y así la santísima Virgen mereció ser madre de Dios, creyéndose solamente la esclava del Señor : cuando el que es Omnipotente hizo grandes cosas en ella, derribando á los poderosos de su trono y levantando á los humildes. Ahora podreis entender bien la fuerza de esta máxima tantas veces repetida por nuestro Salvador : el que se exalta será humillado, y el que se humilla exaltado. Segun esto ¿ os exaltais, soberbios ? pues sereis abatidos delante de Dios y de los hombres. ¿ Os abatís, humildes ? pues Dios y los hombres os exaltarán : *qui se humiliat exaltabitur, et qui se exaltat humiliabitur*. Por esto nuestro santo, preguntado cuál debia ser la primera virtud de un cristiano, respondió, la humildad : preguntado cuál debia ser la segunda, respondió, la humildad : preguntado, en fin, cuál debia ser la tercera, respondió, la humildad : *primò humilitas, secundò humilitas, tertio humilitas*.

Sin embargo á esta humildad con que él abatía la arrogancia del espíritu, añadía la penitencia, para afligir la concupiscencia de la carne : ó segun se explica el Apóstol, para crucificar la carne con sus concupiscencias. ¿ Quién me librará de este cuerpo de muerte, de esta carne de pecado que batalla contra el espíritu ? Ved aquí las dos voluntades que sentía el Apóstol, una en su alma, otra en sus miembros : esta que contradecía á la ley, aquella que se sometía á la ley; de donde resultaba que hacia muchas veces el mal que no queria, y dejaba de hacer el bien que queria. En efecto, cuántas veces el alma quiere la abstinencia, y el cuerpo se resiste á ella : el alma concibe sentimientos espirituales, y el cuerpo sentimientos animales. Esta es aquella milicia en que segun el santo Job, consiste la vida del hombre sobre la tierra. ¡ Dichoso el que batalla hasta el fin; pero mas dichoso el que triunfa !

Bernardo, señores, triunfó tantas veces cuantas combatió. ¡ Pero qué triunfos tan gloriosos ! Como la naturaleza le habia dotado de una figura arrogante y gallarda, se vió expuesto en su juventud á mil peligros, en que su castidad hubiera naufragado, si no hubiera sido tan robusta como la del antiguo José. ¡ Cuántas veces se halló en su mismo aposento con personas que le venian á solicitar al mal ! Ladrones, gritaba al instante,



para que vinieran sus compañeros. Y reconviniéndole en una ocasion, ¿qué ladrones podía haber en donde no veían mas que mujeres? De esos hablo, respondió, porque vienen á robarme la castidad. ¡Con qué atencion velaba siempre contra este enemigo, que vela noche y dia contra nosotros! Porque dió inadvertidamente una ojeada sobre una persona de otro sexo, se entró en un estanque helado hasta que estuvo cierto, no solo de que no se le suscitaria mal pensamiento, sino de que peligraba su misma vida. Este espíritu de penitencia fué quien le sacó de su casa para conducirle al Cister, y quien le sacó despues del Cister para conducirle á Claraval.

¡Ay! hermanos míos, ¿quién creeria que un hombre sin mas vestido que un saco de jerga, sin mas sustento que unas yerbas amargas, y sin mas compañía que la de los que guardaban su misma austeridad, habia de suponer en todo esto una intolerable relajacion, y aspiraria á buscar como el Bautista un desierto tan espantoso que horrorizase con su sola vista? ¿Una habitacion sin mas techo que el cielo, sin mas cama que el suelo y sin mas comodidad que la que se puede hallar en un sepulcro? Tal era sin duda Claraval, ó Clarovalle, que bañado continuamente del sol, no tenia mas que á este astro por testigo de lo que se ejecutase en él. Lugar hasta allí el más detestable, porque solo era habitado de los malhechores que buscaban este asilo inaccesible á la justicia; pero valle mucho mas claro desde entónces, porque empezó á ser un santuario de la virtud, una puerta del cielo, un verdadero paraíso, donde Bernardo y los suyos anocheaban y amanecían en la oracion: donde no se oía voz humana, sino para alabar al Señor: donde el ayuno mas riguroso no se interrumpía, sino con lo que no podia negarse á la naturaleza sin pecado: donde maltrataban continuamente sus cuerpos con el horrible cilicio y la sangrienta disciplina; en fin donde los habitantes no eran ya hombres, sino ángeles. Su santo abad les enseñaba con su ejemplo á vivir tan absortos, que casi hubiesen perdido el uso de sus sentidos, á morar muchos años en aquella soledad, sin saber si los oficios divinos, á que asistia diariamente, se celebraban con luz artificial ó natural: á no ir al coro y demas actos de comunidad, sino siguiéndose por la sombra de los demas: á no conocer jamas á los monjes por sus rostros: á viajar un dia entero por un lago sin conocer si tenia agua: á caminar muchas jornadas en una bes-

tia, sin saber si estaba ó no enjaezada. Ved aquí lo que era Bernardo en aquella comunidad de santos, el Moises que conducia al pueblo de Dios, la columna de luz que le guiaba, el ángel del Señor que le precedia.

¿Á cuántos de nosotros parecerá este ejemplo mas digno de admiracion que de imitacion? ¡Contristémonos siquiera de ver cuánto distamos de su santidad, cuán estrecho es el camino que le llevó al cielo, y cuán ancho y espacioso el que nos conduce al abismo; ¿Cómo podemos dirigirnos al mismo fin, él huyendo al retiro, y nosotros buscando el tumulto: él cerrando sus sentidos para que no entrase por ellos la muerte, y nosotros abriéndolos á toda sensualidad: él sustentándose de la hambre y de la sed, y nosotros saboreándonos con los manjares mas delicados y las bebidas mas exquisitas: él velando en la oracion, y nosotros durmiendo en una cama de delicias: él castigando su cuerpo, y reduciéndolo á la mas dura servidumbre, y nosotros halagándolo con la ociosidad, con la diversion, con los placeres? ¡Gran Dios, si se puede ir á vos como nosotros vamos, qué vana fué la penitencia de Bernardo!

Yo temo que él se levantará contra nosotros en el último dia, diciendo al Señor: si dais el reino de los cielos á los que han seguido todo el ímpetu de sus concupiscencias, ¿qué premio dareis á los que hemos dejado todas las cosas: á los que pudiendo disfrutar tantos honores, no hemos buscado mas que desprecios: á los que poseyendo grandes riquezas, las hemos trocado por una absoluta pobreza: y á los que siendo como los demas inclinados naturalmente á los deleites, nos hemos entregado á los rigores de una continua mortificacion? *ecce nos reliquimus omnia ¿quid ergo erit nobis?* Paréceme que le veo ya sentarse sobre una de las doce sillas, para juzgar las doce tribus de Israel. Sentarse, digo, con Abrahan, con Isaac, con Jacob, con todos los humildes, para condenar á los soberbios: con Job, con Tobías, con Lázaro, con todos los pobres de espíritu, para condenar á los avaros: con el Bautista, con Elías, con los Ninivitas, para condenar á los que no quisieron hacer penitencia: *sedebitis super sedes duodecim judicantes duodecim tribus Israel.*

#### SEGUNDA PARTE.

Pero esto no es mas que una parte de los cargos que nos ha-